



Galería de heterodoxos/as

Holm-Detler Köhler, sociólogo.

«La izquierda no se ha enfrentado a su propia miseria»

Texto Juan Cánd
Fotos Paco Pare

Uno de los observadores más lúcidos de la sociedad asturiana es un alemán nacido hace 53 años en la antigua Alemania oriental comunista. Y, desde luego, el más valiente desde la Universidad de Oviedo, a donde llegó en 1993. El sociólogo Holm-Detlev Köhler es profesor en las Facultades de Historia y Económicas, pero de su magisterio debería tomar nota toda la ciudadanía. Como no pueden silenciarle, los políticos, los empresarios, buena parte de los sindicatos y su propia Universidad, sencillamente lo ignoran.

En el último artículo que publicó entonces usted un adiós a Asturias, cansando de ocuparse de ella inútilmente.

No desde un punto de vista vital, pero sí en el sentido de ocuparme de ella desde un punto de vista profesional. He perdido la esperanza de que la región se despierte. Para mí lo de la capitalidad europea de la cultura fue la gota que colmó el vaso, porque uno de mis temas de investigación es el del desarrollo local y regional. Cuando se planteó me vino a la cabeza Liverpool y, sobre todo, la cuenca del Ruhr, donde había una candidatura de muchos municipios, coordinada. Aunaban cultura y tradición industrial en una candidatura que aglutinaba a muchas ciudades. Entonces pensé que eso era lo que tenía que llamar la atención a Asturias. Estudiar y aprender de esa experiencia era lo más evidente, lo que habría que hacer. Y me encuentro con el plante de Gabino, el mal desarrollo de lo que no era más que una idea y me dije, si no son capaces de tirar adelante con algo tan evidente, que podría ser positivo para la región, que sigan con sus infantilismos localistas y políticos. Es una reacción después de muchos años haciendo propuestas y procurando provocar unas actitudes más abiertas, saliendo de estas estructuras sectarias y localistas, de estos enfrentamientos estériles, aglutinando recursos alrededor de proyectos estratégicos. No me hacen caso, ni a mí ni a otros, no quiero protagonismos personales en torno a esto. No son capaces. Pues nada, ahí quedan.

Lleva muchos años pidiendo la renovación de las clases dirigentes asturianas, pero son ellas las que le retiran a usted. Nos jubilamos juntos por razones biológicas. La jubilación será de mala manera porque los que se jubilan dejan atrás un vacío. Aquí ya tendría que estar liderando la región la generación posterior a la

transición. Debería estar liderando en la Administración, en las empresas, en las asociaciones, en la sociedad. Ahora los que entran en muchos casos son jóvenes sin experiencia que rellenan ese vacío de la generación de la transición. No es un relevo generacional natural, coordinado. Los que entran se encuentran con estilos de gestión de hace treinta años. Estoy generalizando, no serán así todos los casos. Pero es una de las tendencias que frenan un mayor dinamismo en la región.

¿No es ese un problema que se da en todos los sitios?

Por lo menos está más agudizado en Asturias, porque en regiones más dinámicas surgen sectores nuevos, empresas nuevas, organizaciones políticas o civiles nuevas, con gente nueva al frente, que luego se hace un hueco en la sociedad, en la política. Pero eso en Asturias no ocurre, apenas han surgido nuevos sectores, nuevas actividades. Dominan las administraciones, los sectores tradicionales, las empresas también tradicionales, bajo el control de los de siempre.

Familias sin trabajadores

El poder sindical, que se impuso al político en Asturias y ejerció un papel frente al Estado similar al nacionalismo en otras autonomías, vive el mismo declive que el carbón. ¿Quién lo sustituye?

El papel de reivindicación ante el poder central aquí lo cumplió el movimiento sindical, debido a la singularidad de la minería y de las cuencas, que son un caso único en el mundo. El sindicalismo tuvo funciones aquí que no corresponden a los sindicatos: negociar fondos regionales y estructurales, influir directamente en la vida política y administrativa, ser directamente el interlocutor en muchos temas ante el Gobierno central, incluso ante la Unión Europea. Eso correspondía a una determinada época,

la del carbón asturiano, que se está terminando y, con ella, el protagonismo sindical. Y no tiene sustituto. Asturias sale de esta época industrial muy fragmentada y también más débil. No tiene otra fuerza con capacidad de presión y negociación como ha sido el movimiento sindical asturiano.

¿Sirvieron para algo los fondos mineros y las cuantiosas ayudas públicas que llegaron a Asturias?

Eran cuantiosas en relación con la población y muy generosas. Sirvieron para mantener un alto nivel de bienestar en Asturias. Las rentas familiares son altas y se ha evitado un desplome con la desindustrialización. Físicamente también se nota. Las infraestructuras han mejorado, la fisonomía de las cuencas es muy diferente de la de hace veinte años. Se hicieron muchas cosas y no todas inútiles. Pero el impacto ha sido ambiguo. También ha habido un impacto cultural. Ha acabado con algo que antes provocaba mucho orgullo en Asturias, que es la cultura industrial, una cultura del trabajo duro, bien hecho, de cooperación, de solidaridad obrera. Toda esa cultura industrial de clase obrera asturiana que se gana con el buen trabajo su vida ha desaparecido. Y las zonas industriales se han convertido en zonas donde las familias viven de rentas sin trabajo, de las prejubilaciones. Eso nos llamó mucho la atención en nuestro estudio de la juventud en las cuencas mineras. La mayoría de los jóvenes en las cuencas, incluyendo a críos que van al Instituto con 16 o 17 años, vive en familias donde no trabaja nadie, donde llega el dinero de donde llega, pero no de la actividad laboral. Un joven que se levanta para ir al Instituto y vive en una familia donde nadie se levanta para ir al curro dice, ¿pero esto qué es? ¿De dónde saca la idea de incorporarse al mercado laboral? A los jóvenes se les ha

dejado sin modelo.

O sea, que los asturianos estamos felizmente instalados en la crisis y nos hemos convertido en unos vagos.

Eso sería exagerado. Hay jóvenes vagos, pero, desde luego, no es el sector mayoritario. La mayoría busca salidas y perspectivas. Pero a edades muy tempranas empiezan a pensar que en Asturias no hay futuro para ellos y a asumir que algún día tendrán que salir. En principio, no es nada malo que los jóvenes salgan. Lo malo es que no vienen otros a enriquecer la vida económica, política y social de aquí. Se pierde una porción importante de los jóvenes más activos, más ambiciosos, más innovadores, con más capacidad. Ésos, que son los que más necesita Asturias, son los primeros que buscan su futuro fuera de la región. Los sindicatos, ¿están desprestigiados como los partidos y necesitan ser refundados?

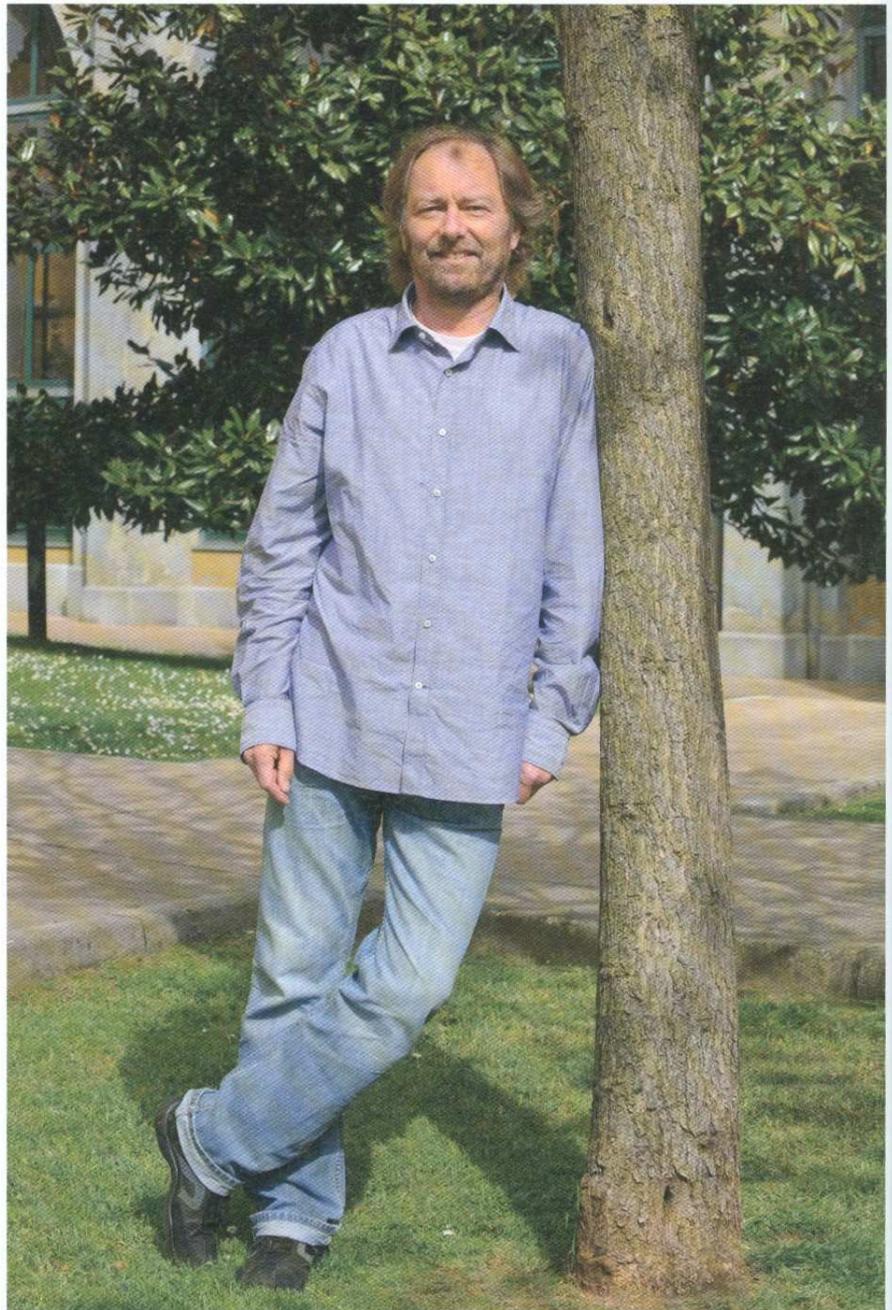
En Asturias los sindicatos han vivido entremezclados con los partidos y sufren el desprestigio de lo político en general y, particularmente, de los partidos. Aquí la opinión pública los mete en el mismo saco, algo que no pasa tanto en otros sitios. En Asturias la gente piensa que están politizados, que viven de las subvenciones públicas, participan en la vida política, aspiran a cargos... A la vida de un liberado político y no a la lucha sindical.

¿Por qué no se rebelan los jóvenes, que ya no llegan ni a mileuristas?

Por un conjunto de razones. Primero porque no han vivido ni visto experiencias de organización colectiva exitosas y con resultados. Lo veo en la Universidad, el movimiento estudiantil no existe. Las organizaciones están para ellos muy lejos, se sienten muy distantes. No se afilian a nada. Organizan su vida en redes muy frágiles, muy efímeras, muy superficiales. No tienen experiencia para defender colectivamente sus intereses. Y asumen una ideología oficial que dice: «Tú eres responsable de tu vida y tú tienes que buscar una solución individual a tu situación». Y si te despiden reinventate, recíclate, renueva tu empleabilidad, como dice el discurso del mercado de trabajo. No existe ningún tipo de fe en la acción colectiva.

¿El capitalismo morirá de éxito?

De momento no hay síntomas de que vaya a morir. Se ha convertido tantas



■ Holm-Detler Köhler en el campus del Milán de Oviedo.

veces, se ha adaptado tantas veces y sigue con una asombrosa flexibilidad para los cambios. Eso los clásicos del pensamiento moderno no lo habían previsto, ni los de izquierdas ni los de derechas. Todos pensaban que esto iba a terminar, de alguna u otra manera, pero de momento, por muchas crisis, muchos cambios y muchas adaptaciones tecnológicas que haya sufrido el capitalismo, no sólo se mantiene muy firme, sino que, además, está ocupando el planeta a una velocidad asombrosa. Está capitalizando el mundo entero. En ese sentido, no va a morir, pero lo que parece haber terminado es lo que el propio Marx llamaba

«las fuerzas civilizadoras del capitalismo». Max Weber era pesimista, pero Marx era optimista. Creía que el capitalismo iba a despertar todas las potencias de la humanidad y sólo habría que reorganizarlas revolucionaria y solidariamente para vivir en un mundo feliz. Pues esas ideas de Marx y la de Weber, de que el capitalismo va a racionalizar el mundo entero, no se cumplieron. Hoy en día podemos afirmar que ésa no es la tendencia universal del capitalismo y lo que vemos es una cultura de capitalismo irracional, de fraude, de engaño... Esto es lo que veo surgir desde hace tiempo. No hablo sólo de la crisis actual y de los

casos de corrupción. Todo el modelo del capitalismo bursátil, del capitalismo financiero, conlleva a esto, a una pérdida de la gestión racional de los recursos, de las personas... Y no sé cómo vamos a acabar. De momento no hay fuerzas correctoras a esto. Los gobiernos se reúnen para afrontar la crisis financiera mundial, pero no adoptan ni una sola medida, aparte de la falta de voluntad política. Les faltan mecanismos para introducir medidas que los estados nacionales eran capaces de introducir, modelos de corrección y control del modelo capitalista.

Las enfermedades de la izquierda

¿La izquierda desertó de esa batalla? Sí, desertó. Nunca entró en esa batalla. Entendiendo por izquierda las organizaciones que se denominan de izquierdas. Yo, personalmente, cada vez tengo más problemas para considerarme de la izquierda, no porque no comparta sus clásicos valores, sino porque me veo tan distante de lo que actualmente figura como izquierda! Me digo: no tengo nada que ver. Creo que la última oportunidad de la izquierda fue la caída del Muro de Berlín. Es decir, de liberarse, de deshacerse de una vez por todas de toda la historia del comunismo. Si eso fue la izquierda, fue la izquierda más perversa que se pueda imaginar. Todo lo que pasó en el mundo comunista fue lo contrario de aquello a lo que puede aspirar una izquierda auténtica. Y esto hay que asumirlo y analizar qué pasó. Y hay que acabar con las nostalgias y las tradiciones. La izquierda no se ha enfrentado a su propia miseria. ¡Fue tan evidente con la caída del comunismo! Y siguen defendiendo a Cuba y el empleo público, como si el Estado tuviera que crear empleo para todos, sin propuesta ninguna, sin renovación ideológica ninguna y lamentando su marginación. La izquierda se ha hecho conservadora: sólo pretende que el Estado lo solucione todo. Esto va junto a otras enfermedades clásicas de la izquierda, que son, por una parte la demonización del enemigo: el sistema capitalista es tan omnipotente que manipula a todos y tiene tanto poder que nosotros, pequeños, no podemos. La otra enfermedad es la conspiración. La izquierda siempre desarrolla explicaciones de conspiraciones del enemigo.

El enemigo siempre está detrás desarrollando estrategias para debilitarnos a nosotros y fortalecer a los malos. Están en luchas ficticias, nadie los toma en serio, cada vez menos, evidentemente. ¿Quién toma en serio a la izquierda? Y, últimamente, además, en Asturias y en otras regiones de España y del mundo, buscan esa revitalización a través del nacionalismo, que es antiizquierdas. La izquierda siempre ha sido antinacionalista, pero como el nacionalismo ha quedado como la única ideología que moviliza un poco al pueblo, que es capaz de populismos fáciles, entonces la izquierda siempre envidia a los populismos fáciles y busca con el nacionalismo y con la cooficialidad y con todos

estos rollos las fuerzas perdidas en los campos auténticamente de izquierdas. ¿Entonces usted dejó de ser de izquierdas, pero no se hizo de derechas?

Yo sigo a igual distancia de la derecha que siempre, pero casi a la misma distancia de la izquierda real existente. Nunca milité en ningún partido, pero siempre me moví en movimientos progresistas. Siempre en las bases y sin dogmatismos, pero en la izquierda. Sigo compartiendo los valores de la izquierda: la autogestión, la ciudadanía, el antiautoritarismo, la solidaridad... pero esos valores ya no se encuentran en ningún grupo relevante que se autodenomine de izquierdas. ■

Non grato

¿Qué hizo usted para que el SOMA le declare persona non grata?

(Risas) No sé si oficialmente, pero si alguna vez se enfadaron fuertemente conmigo. Es normal que se enfaden con personas que opinan libremente sobre temas que una organización como el SOMA considera «asunto propio», controlado por esa organización. Si tú quieres opinar sobre las cuencas mineras tienes que pasar el filtro del SOMA, tienes que preguntar al SOMA si puedes preguntar públicamente antes de opinar de verdad. Entonces viene alguien como yo que no se deja controlar en sus opiniones por nadie, ni por mi jefe, aunque guarde respeto y no quiera ofender a nadie. Una persona así inevitablemente genera roces con una organización como el SOMA. Y como me tocó estudiar y opinar sobre aspectos de las cuencas mineras... Si tengo que opinar sobre cómo invertir fondos

mineros y pensar en muchas alternativas mucho más eficaces para el desarrollo de las cuencas y Asturias o la inversión en el campus de Mieres, que era la bandera del SOMA y su lucha por el futuro de las cuencas, aliado con el rectorado de entonces en la Universidad, eso genera conflictos. O si tengo que hacer público lo que piensan los jóvenes de las cuencas sobre su situación y los sindicatos, sobre las prejubilaciones... claro, eso son cosas incómodas que no me invento yo, las documento. Yo soy de los pocos que me puedo permitir públicamente decir esto. No tienen, afortunadamente, posibilidades de represión directa sobre mí. Gozo de una situación privilegiada porque estoy renunciando a aspiraciones políticas, de cargos, de financiación de proyectos... muchos compañeros míos no lo hacen, tienen esas aspiraciones y no pueden opinar como yo libremente sobre estos temas. Esta situación la

considero privilegiada, pero porque me la he trabajado. Yo me reúno con el SOMA cuando quieran, pero tienen muy difícil una relación con una persona como yo.

En la Universidad pensamiento crítico no hay, pero, ¿hay al menos pensamiento?

La Universidad de Oviedo no genera desde hace mucho tiempo espacios de pensamiento crítico. Para mí, gran parte de la culpa la tienen los estudiantes. No hay una demanda de éstos hacia un pensamiento crítico, hacia contenidos alternativos a los libros de texto, a una enseñanza más dialogante, más innovadora. Entonces los académicos que trabajan ahí no sienten la presión desde abajo. Tampoco la sociedad demanda diciendo: «economistas, esta crisis se podía haber previsto». Es muy cómodo gestionar lo que hay sin molestarse demasiado, sin pensar. Y mucho menos pensar críticamente.